

EL DESCUBRIMIENTO DEL PONIENTE EN SU
PROYECCION MITICA

Juan Gil

En el curso diario del sol, que nace y muere, ve el hombre un símbolo de la propia vida. "Dos son las puertas del cielo, el Oriente y el Occidente", enseña San Isidoro; "pues por una sale el sol, por otra se pone". Pero el astro vuelve a brillar, el hombre se sume en la noche perpetua llorada por Catulo. El misterio insondable de la muerte impele a buscar en Oriente o en Occidente el secreto del orto y del ocaso, y del ansia de inmortalidad arrancan las primeras navegaciones fabulosas, descontando la del propio sol, cuya barca, según la concepción egipcia, surcaba por el día el firmamento y por la noche hendía con su quilla el mundo de los muertos. Al Oriente, al Paraíso sumerio de Utnapistim, va Guilgamés, consumido de angustia por el fallecimiento de Enkidú, y atraviesa el mar, salvando las Aguas de la Muerte: vano empeño. Al Occidente, hasta la misma linde del reino de las sombras, a la rompiente envuelta en tinieblas del Océano, llega Ulises ansioso por conocer su destino. Levante y poniente, principio y fin; y entre ambos confines y la *ecúmene*, el Océano. Como es lógico, las comarcas de uno y otro extremo están cuajadas de ensueños, los ensueños hechos intangible realidad con los que la mente humana gusta siempre de poblar en sus delirios las últimas fronteras de su mundo: allí se agolpan infinitas las mayores riquezas del universo y, a su lado y vigilantes, los monstruos más desaforados y terribles. Es natural que el hombre quiera disfrutar de esos tesoros de los últimos confines y, al mismo tiempo, librarse de la deuda que todo ser humano debe a la naturaleza. Mas cuidado: la muerte acecha al osado que lo intente.

El postrer proceso de descubrimiento de Occidente que conoce la historia llevó, en un muy largo trascurso de años, a la conquista sucesiva de tres mares: el Mediterráneo, el Atlántico y el Pacífico. Fueron los audaces navegantes del Mediterráneo oriental, en el primer milenio a. C., los primeros que pusieron rumbo al ocaso. Pespunteando la costa con sus barcos, sólo dieron vista, por de pronto, a una península, después a otra, luego a otra. El nebuloso país del lucero vespertino (llamado por los griegos *Hesperia*) se fue así desplazando hacia el poniente según los nautas descorrían los velos del mar: primero recibió ese nombre la Península Itálica, por fin se quedó con él y por luengos siglos Hispania. Con las maravillas de esta última, el *Far West* de la *ecúmene*, se mecieron los sueños del mercader heleno del s. VII antes de Cristo. A las pingües orillas del Betis, el río de argéteos remolinos, pacían maravillosos rebaños que custodiaba como siempre un endriago, Gerión, provisto de tres cuerpos y tres cabezas. Mas la riqueza despierta codicia. Por tanto, no es de extrañar que viniera un Hércules extranjero a dar muerte al gigantazo triforme, a robarle —cómo no— su ganado y a fijar, de paso, los linderos occidentales del mundo conocido: pasados Ábila y Calpe no podía haber más que un “No más allá”, donde reinaba niebla infranqueable: columnas famosísimas a las que salieron rivales menos afortunados en Germania o en el Mar Negro. Había llegado, a golpe de maza, la civilización griega. Cuando la prehistoria poblada de monstruos dejó paso a figuras más humanas, aparecieron sobre el suelo de Hispania reyes igualmente legendarios (Gágoris, Habis, Argantonio), pero siempre dueños de tesoros inagotables: el fabuloso Tarteso fue el Dorado o la Jauja de la Antigüedad, ciudad o comarca donde los hombres vivían contentos y felices hasta alcanzar vejez más que centenaria, mientras la suave templanza del céfiro convidaba a suponer que en algún lugar bajo el cielo de la Turdetania se encontraba el Campo Elisio. Tampoco desentonaba de tales excelencias el interior de su suelo, al que se hacía rebosar de riquezas hasta tal punto que, cuando ardían sus montes heridos por el rayo o por el fuego, se iban consumiendo hasta fundirse en cerros de oro y de plata. Y cerca de Hesperia, al borde del Atlántico, se hallaba otro mito hercúleo: el Jardín de las Hespérides, con sus manzanas de oro custodiadas por el dragón, en promesa de inmortalidad.

Al mercader griego y fenicio sucedió en todo el Mediterráneo el legendario romano. Con el nuevo amo vinieron nuevos usos. La unidad política —el imperio— impuso una aparente uniformidad cultural y religiosa a la cuenca del *Mare internum* y, desde luego, a Hispania. Sin embargo, por mucho que se activara la economía al servicio de Roma, por más que nuevas galerías perforasen montes enteros (las Médulas del Bierzo) para escudriñar los secre-

tos de la tierra, subsistió con todo la vieja mitología, dorando de un halo misterioso la tierra del Sol Poniente. Y así Virgilio entre otros pudo cantar los misterios del viento favonio que empuñaba las yeguas cuando galopaban inquietas por los campos de la Lusitania. O en la costa galaica se quiso oír el fragor tremendo producido por el carro del sol al entrar chirriando en el mar, estruendo horrísono que sobrecogió al escucharlo a Décimo Bruto, temeroso de haber incurrido por ello en sacrilegio; ni más ni menos que como se creyó que, al otro lado de la tierra, la hueste de Alejandro Magno —o la de Chinguis Kan— había quedado ensordecida con el estrépito atronador del orto.

Al final de la Antigüedad la victoria del cristianismo dio cohesión espiritual al colosal imperio que se desmoronaba y le confirió una dimensión trascendente y escatológica. En efecto, la religión triunfante tampoco vaciló en echar mano de la vieja emblemática de los puntos cardinales para escurriñar el significado, no ya de la vida humana, redimida por Cristo, sino del propio devenir histórico. Desde la perspectiva tan universal como reducida de San Agustín y Paulo Orosio, el imperio romano era el imperio de Occidente, por oposición al imperio medo-persa, el imperio de Oriente (y al cartaginés, el del Sur, y al macedonio, el del Norte). Ello quería decir varias cosas. En primer lugar, que la sucesión de imperios seguía el mismo curso que el sol, según afirmará más tarde con toda rotundidad Otón de Frisinga; todo, pues, marcharía al compás del movimiento del *primum mobile* del orto al ocaso. En segundo término, que el imperio romano era el último de los cuatro imperios danielinos y, por tanto, que con él terminaba el mundo creado: de nuevo se trazaba una raya al poniente de Europa, fijándose otro “No más allá” en el que la historia se confundía con la geografía. Como auguraban infalibles los vaticinios altomedievales, el Anticristo habrá de aparecer algún día al frente de los veintidós pueblos inmundos encerrados por Alejandro en un rincón del Asia; entonces el emperador de los últimos días depositará su corona en Jerusalén, el ombligo del mundo, exhalando a continuación su último suspiro: el fin de Roma significa, nadie lo duda, el fin de la historia. Y este poder mágico de Roma explica el alivio con que acogió la cristiandad occidental la traslación inaudita que tuvo lugar en el año 800, cuando el Papa León III coronó solemnemente emperador a Carlomagno. De la sucesión de los imperios se derivaba una tercera y última secuela: la cristiandad se identificaba cada vez más con el Occidente europeo, conforme se rompía la unidad mediterránea con la aparición del Islam y se separaba Bizancio con sus heterodoxias y logomaquias.

No paró todo en eso. Con el valor y el número de los puntos cardinales volvió a jugar el simbolismo cristiano, al establecer una íntima relación del

hombre (el microcosmo) con la tierra (el macrocosmo). Los puntos esenciales de la teoría fueron bien resumidos, a principios del s. XIII, por un autor nada original como el canciller Diego García de Campos:

Todo hombre..., formado a semejanza del macrocosmo, tiene por los cuatro elementos cuatro humores, pues por fuego, tiene cólera; por aire, sangre; por agua, flema; por tierra, melancolía. Y no sólo en la materia, sino en la forma el microcosmo conviene con el macrocosmo. Pues si el hombre, extendiendo los brazos, se cuadra a modo de balanza, representa las cuatro partes del mundo: por Oriente tiene la cabeza, por Occidente, los pies; por Septentrión, la izquierda; por Austro, la derecha.

Esta fue la razón de que los mapas cristianos primitivos (como los de los Beatos) estuvieran dirigidos al Oriente (es decir, ocupando el Oriente el puesto que hoy ocupa el Norte), ese Oriente presidido por el Paraíso Terrenal. Pero, además, la conformidad natural de macrocosmo y microcosmo enraizó en una concepción puramente teológica, pues el hombre así encuadrado representaba a Cristo en la cruz, un Cristo que marcaba los cuatro puntos cardinales con la cabeza vuelta hacia el espectador y, por tanto, hacia Occidente: cuadrado del cuerpo en el que más tarde habrían de buscar arcanas proporciones Cornelio Agripa o Leonardo de Vinci. La figura de la cruz creía verse reflejada asimismo en la propia disposición de los mares en la tierra, pues, como dice el *Libro de Alixandre*,

Qui asmare cómo yazen los mares, de cuál guisa
—El uno que comedia, el otro que quartiza—
Verá que la cruz tiene essa figura misma.
¿Ond vienen los incrédulos prender la mala cisma?

Durante siglos Hispania fue el Occidente de aquel Occidente contemplado por Jesús en su agonía. Esta posición marginal de la península, periférica tanto para la Cristiandad como para el Islam, hizo que proliferara en su suelo la mitología fronteriza, pero también facilitó que, por simple analogía de contrarios, se le atribuyera una condición supuestamente igual a la de las comarcas de Oriente. Las alabanzas hiperbólicas son frecuentes. San Isidoro la saludó como “bellísima, sagrada y siempre feliz madre de reyes y pueblos”, la comarca más favorecida por la naturaleza, deseada por los romanos y raptada como esposa por los godos. A juicio del cronista Lucas de Túy Hispania era el mejor lugar del mundo conocido, y ello por la razón contundente de ocupar en la tierra la posición opuesta a la del Paraíso Terrenal: la misma situación en los antípodas había de producir por necesidad los mismos efectos.

Por otra parte, no faltaba quien creyera firmemente en la cercanía de los dos confines del mundo. Elefantes sólo había en la India y en Africa, luego la India e Hispania habían de estar muy próximas, tan próximas que se podría navegar el Océano intermedio en pocos días, de soplar viento favorable. Así habían argumentado griegos y romanos: un Platón apócrifo y un Séneca naturalista, basado en Posidonio, y éste a su vez en Eratóstenes. El Paraíso Terrenal estaba, en cualquier caso, en el extremo de Oriente, según proclamaba el testimonio concorde de vates sumerios, rabinos de luengas barbas y castos padres de la Iglesia. Pero a Oriente podía arribar fácilmente una nave desde Hispania; luego también al Paraíso. Favorecía esta idea el hecho de que griegos y romanos hubiesen creído en la existencia en el Atlántico de islas de los “afortunados”, esto es, de los “muertos”, deleitable residencia equinoccial de los héroes tras su fallecimiento. Todo proyecto de alcanzar el Edén estaba evidentemente condenado al fracaso, mas bien cabía hacer la prueba aunque sólo fuera con la imaginación. Llegar al Oriente por el Poniente; ¿no era como descubrir la cuadratura del círculo? La Musa literata de un fraile quiso resolver el descomunal pero tentador desafío con el rasguear de su pluma y se inventó el viaje de San Brandán: a este Guilgamés cristiano se le hizo partir desde Irlanda rumbo a la isla de promisión de los santos, isla mágica a la que daba luz inenarrable el propio Jesucristo; pero tras una semana de años —el tiempo que transcurrió antes de que la nave recubierta de cuero llegara a su destino— el santo varón se encontró, desdichado en su ventura, con que un ángel le cerraba el paso a mitad de la isla. Estimulante ejemplo: a San Brandán le salieron otros rivales no menos imaginarios en la tierra firme europea, entre ellos un émulo de pacotilla, aquel Trezenzonio que llegó a la isla paradisíaca de Solistición desde el Faro Brecantio, o sea, desde la Coruña; o los más graves siete obispos que huyeron supuestamente de Hispania tras la invasión musulmana y se refugiaron en esa otra isla maravillosa que se llamó, en recuerdo de sus fundadores, de las Siete Ciudades. Se trataba de ensueños y fantasías; mas lo importante era que esas fantasías imaginarias hacían saltar ya las ataduras del Océano.

Mientras, viajeros de carne y hueso pisaban en el siglo XIII tierra de Mongolia y de China. Sus relatos maravillados, hablando de murallas de plata y palacios de oro primero en Catay, después más lejos todavía, en Cipango, llenaron de alegría a una Europa abatida y resignada ya al fracaso de las Cruzadas. Pero Marco Polo no quiso privar de cinocéfalos ni de amazonas a ese Oriente que él había visto con sus propios ojos: la tradición pesaba demasiado para romper con ella definitivamente. La fantasía occidental, por otra parte, se llevó también entonces la enorme sorpresa de encontrarse con

la horma de su zapato: en el corazón de Asia había quien creía que el Papa, conocido por vaguísimos rumores, era un anciano de quinientos años, es decir, una especie de Preste Juan al revés. Consecuencia inmediata de estos viajes fue que Rogelio Bacon volviera a soñar con la navegación al poniente, demostrando irrefutablemente la estrechez del Océano con el texto de una profecía: la proporción de tierra y agua dada por Esdrás. A su vez, los conocimientos geográficos recién adquiridos fueron trasvasados rápidamente a los mapas por los cartógrafos, que, al igual que Marco Polo, supieron combinar a la perfección lo nuevo con lo antiguo. Así Cresques, en el espléndido mapa catalán de 1375, registró al dibujar su Oriente las viejísimas creencias de siempre: la cordillera del Anticristo, la costa de los ictiófagos desnudos, la Tapróbana dividida en dos partes (una de ellas poblada sólo de fieras), la Jana (= Java) dominada por las mujeres, la lucha de los pigmeos con las grullas; en esa riqueza de detalles sólo se echa en falta la localización tanto del Edén como de Ofir y Tarsis, las minas del rey Salomón.

El viaje postulado por Bacon tardó incomprensiblemente casi dos siglos en producirse. Y aun entonces la navegación de 1492 tuvo lugar dentro de ese mismo marco de creencias antañonas, creencias que dejaron huella muy clara en todos los escritos de Cristóbal Colón, “que –como apuntó Gómara– se movió a ir tras el sol por llegar más afina que contra él”. El camino del poniente al levante conducía a los aldeaños del Paraíso Terrenal, y las pruebas de esa proximidad no podían ser más evidentes. A cien leguas de las islas de los Azores noruesteaba la aguja magnética, la estrella del Norte describía un círculo de cinco grados de diámetro, se entraba en un mar cuajado de verde yerba y se gozaba de una maravillosa “temperancia”, libre de calmerías y tormentas (la única tempestad del primer viaje se desencadenó a la vuelta, cerca de Azores). No podía ser de otra manera, pues a partir de ese meridiano trascendental la nave comenzaba a subir por la cuesta del Océano, que se empinaba poco a poco, remontándose a las regiones sublunares donde se erguía la cresta del Paraíso inaccesible, según enseñaba todavía en el siglo XVI el venerable maestro teólogo Benito Perer; no sorprende, pues, que la diplomacia de los Reyes Católicos obtuviera del Papa una línea de demarcación que arrancaba justo a partir de esas cien leguas mágicas.

A los españoles, ya llegados a Guanahaní, la propia naturaleza parecía indicarles la bondad sin par de la tierra oriental con la insultante verdura del follaje, donde cantaban gárrulos mil alegres “paxaricos”, entre ellos hasta un ruiseñor inexistente. El oro, poderoso hasta sacar a las ánimas del Purgatorio, se depreciaba a vil metal en aquellas paradisíacas tierras del poniente: de oro

era una isla entera, y gruesas pepitas doradas rodaban por el cauce de los ríos. De los perfumes y aromas que embriagaban el aire era para contar y no parar. Especiería, y en especial pimienta, había infinita. Los habitantes, desnudos en su inocencia primitiva, no tenían ninguno más de treinta años, la “edad perfecta” del hombre, señal inequívoca de que gozaban de eterna juventud; no había entre ellos “mío” ni “tuyo”, y todos sin pestañear daban cuanto tenían a trueque de bujerías y abalorios de Castilla. Por su parte, también cambiaba el flujo del Océano, dada la rapidez cada vez mayor que tenía su corriente: “las aguas –escribió el propio Colón– llevan su curso de Oriente a Occidente con los cielos”, moviéndose con el *primum mobile*; así “en esta comarca, cuando pasan, lievan más veloçe camino, y por eso an comido tanta parte de la tierra”: explicación verdaderamente ingeniosa para la proliferación de islas en aquel mar de la India. El frescor de ríos y lagunas y, más tarde, el inmenso caudal de agua del Orinoco, con su amenazador macareo, evocaban sin más tardar la sagrada majestuosidad de los ríos del Paraíso. Por último, la mudanza y mejoría de la tierra alcanzaba a la bóveda celeste, pues estrellas y constelaciones se habían desplazado de lugar en el firmamento para mostrar un nuevo cielo jamás visto en Europa; y bajo este cielo reinaba un clima primaveral, quizá eco de aquella primavera originaria en cuyo equinoccio el universo mundo fue creado.

Junto a lo bueno, también lo malo probaba con su singularidad la extraña riqueza de la tierra recién descubierta. A esos comedores de peces, a esos ictiófagos que paseaban tranquilamente su desnudez por el mundo, los cazaban para zampárselos unos seres terribles que, a juzgar por sus hechos, habían de ser ciclopes de un solo ojo; pero como el nombre de “caniba” trae de inmediato a las mientes el nombre del perro, quizá aquellos comehombres no fueran más que los cinocéfalos de Marco Polo o tal vez –¿quién podría asegurarlo?– los súbditos del Gran Can. Muy pronto también se supo de cierto que había una isla poblada sólo de mujeres a la que venían los caníbales para la procreación durante cuatro meses al año; y más tarde se averiguó –sensacional hallazgo– que estas mujeres flecheras, cuando eran acosadas, se refugiaban en galerías subterráneas. En cuanto a la fauna, sorprendió a los españoles la falta de cuadrúpedos. De todas maneras, algún grifo se creyó ver en el segundo y en el cuarto viaje; y tampoco la iguana, a decir verdad, tenía un aspecto demasiado tranquilizador a ojos del europeo.

La toponimia dio la última prueba a favor de la indianidad de las tierras descubiertas. Cibao, el distrito minero de la Española, se reducía sin gran esfuerzo a Cipango. Magón, en la costa occidental de Cuba, no podía ser más

que Mangi, el Sur de China. En Janahica (= Jamaica) cabía reconocer muy claramente a Jana la Chica, la *Jaua minor* de Marco Polo. El Ciguare del continente era, sin lugar a dudas, Catígara, el fondeadero de los chinos que había señalado Ptolemeo como lindero oriental de su ecúmene.

Colón, en definitiva, no sólo descubrió la India, sino que probó de forma racional que la había descubierto, y hasta trató de dar una explicación trascendente a su hallazgo en el *Libro de las profecías*: las islas del mar habían recibido por fin la jubilosa llamada predicha por los vaticinios del Antiguo Testamento, llamada que conducía por senderos inextructables a la conquista de Jerusalén y, con ella, al fin del mundo; y él, como pregonó el almirante con inmodestia y reconoció su compatriota Giustiniani, era el hombre elegido por Dios para cumplir la profecía. Es muy comprensible el escándalo y la indignación de Colón ante el hecho de que un advenedizo como Vasco de Gama viniera a robarle sus títulos a la gobernación de esas dos Indias, la allende y la aquende el Ganges, que le pertenecían a él en exclusiva por el asiento tomado con los Reyes Católicos. Esta afirmación, que ahora resulta disparatada, casaba muy bien sin embargo con las ideas propaladas por la propaganda del rey Fernando, que gustaba de presentarlo ante las cortes europeas como un nuevo Alejandro conquistador de Asia: así lo decía su divisa, “Tanto monta”, la hábil excusa pronunciada por el rey macedonio después de cortar –y no deshacer– el nudo gordiano. Colón se convertía así en un émulo de Nearco.

Nada nuevo en teoría se había descubierto, pero nada siguió igual. El primer viaje de Colón, en efecto, supuso para el europeo un corte radical con el pasado al menos en un punto de importancia: las columnas de Hércules perdieron su añejo significado y España dejó de ser el Occidente para siempre. Los propios cimientos de la Geografía se resquebrajaron cuando el meridiano cero, situado por Ptolemeo en las Canarias, se desplazó de un tirón espectacular hacia el Oeste. Un nuevo Tifis había quitado al mar sus ataduras milenarias. “Más allá”, *Plus ultra*, fue precisamente el emblema escogido por Carlos V, el último emperador europeo que pudo soñar con la dominación universal y que, como tal, fue revestido en un romance con todos los rasgos de rey de los últimos días, y hasta de futuro ángel:

Y aqueste nuestro gran César todo lo ha de conquistar...
Y aquesto siendo acabado Don Carlos tiene d'estar
abrazado con la cruz que Dios nos mandó abrazar, en el monte donde
Cristo a la nona fue a expirar..., para gozar en su gloria sobre tanto
trabajar entronizado en la silla que Lucifer fue a dejar.

El “Más allá” se veía, en efecto, como un avance no sólo hacia el Poniente, sino también hacia el Levante. Así lo glosaba una letra en un arco de triunfo, levantado a la entrada de Carlos I y de Isabel de Portugal en Sevilla:

Plus ultra procede el reino
Con esta paz hasta Roma:
Y luego, contra Mahoma.

Después de Carlos V languideció el imperio romano, y también para siempre. Pero ¿no era el imperio romano lo que, según San Pablo, contenía la llegada del Anticristo? ¿No era Roma la última dominación danielina, el imperio de Occidente según San Agustín? Terribles preguntas y terribles dudas. Para conjurarlas un español, Pedro Chacón, se disfrizó de San Malaquías: donoso invento. Mas también el Papado sufrió la crítica acerada de Lutero, y el cisma hizo pensar en la posibilidad de que la Iglesia se trasladara, siguiendo el curso del sol, a esas tierras del poniente donde nacía una cristiandad bisoña. Los dos pilares inmovibles de la Europa medieval se tambalearon, y sólo quedó en pie el Papado: transformación política incommensurable.

Nunca en el largo proceso del descubrimiento de Occidente se produjo un choque tan brutal como el que tuvo lugar en 1492. La conquista del Mediterráneo se gestó en muchos siglos. Los fenicios y los griegos esparcieron previamente sus usos y costumbres a lo largo de sus costas, creando una especie de comunidad cultural, que acabó por aglutinar a los futuros conquistadores y a los futuros conquistados: del griego y del fenicio provinieron los alfabetos de Italia y de Hispania, y la “dama de Elche” pudo haber competido en factura con cualquier estatua romana de la época. Ello amortiguó en parte la dureza del encuentro. En cambio, en la playa de Guanahaní se enfrentaron dos mundos que no tenían nada que ver el uno con el otro, con la desventaja añadida de que uno de esos mundos recibió una identidad errónea. Pero el español, como el romano, consiguió dar un barniz común de cultura a realidades muy diversas, implantando por doquier su dominio, su lengua y su religión: las tres cosas de golpe y porrazo.

Pronto las supuestas Indias comenzaron a crear infinidad de inquietantes problemas, conforme se vislumbró en ellas un orbe nuevo, cuya parte meridional fue bautizada con el nombre de América, ese nombre que hoy se extiende desconsideradamente a todo el continente y que encima corre peligro de sufrir expropiación por parte del Norte. Nuevo e inmenso mundo. De

ser cierta la novedad, ¿qué apóstol había predicado a aquellos gentiles: Santo Tomás, San Bartolomé? ¿Cómo era que en muchos pueblos se guardase el recuerdo de un diluvio o de una madre de Dios? ¿Qué significaba esa especie de comunión celebrada en muchas partes? Eran éstos interrogantes de difícil o imposible respuesta, sí, pero había una pregunta obvia a la que podía contestar el más lerdo: ¿no había dicho el propio Jesús que cuando se predicase el evangelio a todo el mundo entonces llegaría el fin? ¿Y no estaban evangelizando los misioneros españoles en la hora undécima de la Creación a los últimos gentiles? De la respuesta, no menos previsible, era lícito sacar una conclusión algo sombría. Todo un bien tramado sistema de ideas y creencias parecía derrumbarse sin remisión, y la alucinante rapidez con que se sucedían los acontecimientos no daba respiro ni permitía meditación sosegada. En menos de treinta años la “osadía y el esfuerzo” de los españoles, pasmo entonces de propios y extraños, había descubierto un continente y dado la vuelta al mundo. Por doquier la busca de oro y riquezas había dejado una estela sangrienta, sí, pero también se había tratado de crear una Nueva España, una Nueva Andalucía o una Nueva Galicia, donde fundar una patria mejor que la primera y libre de penas y fatigas: siempre, claro está, a gusto de los conquistadores y nunca, probablemente, a satisfacción de los conquistados.

Otras y no menos incómodas cuestiones se plantearon cuando el Nuevo Mundo creó por oposición un Viejo Mundo. Surgieron así dos realidades antitéticas que proporcionaron a poetas y filósofos campo lucido para medir su ingenio con loas y censuras, según el gusto, el humor y la inspiración de cada cual; loas y censuras falsas, como dignas hijas de una hipérbole retórica. Y lo que más importa: pronto, muy pronto, antes del sermón de Montesinos, algunas mentes preclaras entre los españoles pusieron en entredicho la validez de los títulos de conquista y elevaron encendidas protestas ante la esclavitud impuesta a los indios. Se intentó salir del atolladero jurídico recurriendo a distingos maniqueos, que permitieron clasificar cómodamente a los indígenas en buenos y malos, “indios de paz” (‘guatiáos’) e “indios de guerra” (‘caribes’); e incluso se arguyó que los indios de paz, por la flaqueza de su ingenio, necesitaban, como si fueran menores de edad, de la tutela y la protección de un mayor (evidentemente el español); teoría ésta, la de la tutela, que justifica aún las desmesuras del actual imperialismo. A su vez, la idealización del indio abocaba en la figura del “buen salvaje”, remozando los Zamolxis de la Antigüedad, tan de moda hasta en el Siglo de las Luces: así la literatura dio vida a Andrenios, Calibanes y jóvenes Anacarsis. La misión forjó también sus utopías evangélicas, desde los arrobos franciscanos en la Nueva España hasta la regla y compás jesuítico en el Paraguay.

Del negro, mientras, nadie hacía el menor caso. El indio podía tener su dimensión épica, hasta podía firmar paces con Carlos V o acudir con sus quejas a la metrópoli. El negro, en cambio, se integraba como “cosa” en el drama mundial, pues no en vano la Cristiandad primitiva había condenado al “etíope” a ser trasunto del demonio, haciendo de la blancura símbolo de la santidad y la pureza: destino en verdad triste e inicuo.

En este hervidero de azorantes cuestiones, y mientras se derrumbaban teorías antañonas, el hombre europeo del Quinientos pudo dudar de muchas cosas, pero muy pocas veces –tal vez algún español cautivo– puso en entredicho su propia superioridad respecto al indio. Reinaba absoluto convencimiento de que del lado del conquistador militaba la civilización, la llamada entonces “policía” (la *politeia* griega), y sobre todo y ante todo la fe cristiana: los indios, de vida “bestial”, iban al morir derechos al infierno, de modo que era menester arrancarlos de las garras del demonio y traerlos al culto del verdadero Dios. Y ello cuanto antes; y según algunos extremistas, de grado o por la fuerza.

También –curiosa paradoja– se mantuvo muy viva y lozana la realidad de los ensueños intangibles, arropada por el embrujo sin par de los maravillas de la India. Todo el mundo supo al cabo de pocos años que se trataba de un continente nuevo; pero nadie se atrevió a prescindir de las ventajas incomparables del Oriente antiguo: otra flagrante y llamativa contradicción, que se resolvió sobre el papel distinguiendo tardíamente entre Indias Orientales e Indias Occidentales. El deseo de explotación hizo al invasor recorrer todas las sendas y horadar de nuevo la tierra (el cerro Potosí), pero a la par del ánimo de lucro caminaron las quimeras de siempre. La Fuente de la Juventud, esa fuente de la que había bebido un sorbo el gran mentiroso de Juan de Mandeville, fue buscada en Bimini afanosamente por Juan Ponce de León, empresa mística que no le impidió llenar al tiempo de esclavos las bodegas de sus naves. Amazonas fueron vistas una y otra vez acá y acullá, pues la doncella guerrera fue una figura predilecta de los no menos belicosos conquistadores, cuya certera pupila, ansiosa tal vez de coyunda, acertó a columbrarlas en la isla de Matinínó, en el río de las Amazonas, en el Orinoco; su reina, California, dio nombre a una supuesta isla del Pacífico. Pígmicos corretearon a la vera de la laguna de Maracaibo, el Orinoco, el Manu, el Mamoré. Los espantables gigantes, fauna también muy común por doquier, recibieron en la punta meridional del Nuevo Mundo el nombre caballeresco de Patagón. Y todos estos prodigios se concentraron siempre, como la tradición requería, en las regiones riquísimas en oro, plata, perlas y especias que

seguían ocultas por voluntad de Dios en espera de que viniera un arrojado descubridor, para revelar al mundo los misterios que encerraba el escurridizo Dorado, la región de los Césares o el Paititi: comprensible consuelo terrenal a las miserias de un valle de lágrimas. Así fue como la ilusión mítica se mantuvo durante siglos, pues un Nuevo Mundo era tierra abonada para acoger en su seno todo tipo de ensañaciones: en él la imaginación atormentada quiso ver los restos de las diez tribus perdidas de Israel o marchó con frenético entusiasmo en busca del Paraíso Terrenal. Al Nuevo Mundo, en fin, se incorporaron gustosas las tradiciones medievales: Vázquez de Coronado trató de encontrar las Siete Ciudades, no ya en las islas del mar, sino en Cíbola.

Pese a todo, el espejismo indiano fue ambivalente, pues duró siglos y, al tiempo, no tardó en disiparse. Con sorprendente rapidez el español se percató de que el Mundo Nuevo no era tampoco el último Occidente, sino que el Occidente se hallaba –por fin– allí donde se encontraba el verdadero Oriente. Se abrió así la última fase: el descubrimiento del último mar, el mal llamado Pacífico por Magallanes, a quien los españoles, jugando de nuevo con los puntos cardinales, bautizaron como Mar del Sur por oposición al Océano que pasó entonces a recibir el nombre de Mar del Norte (el Atlántico). En la Nueva España se aprecia bien hasta qué punto, a los pocos años de la toma de Tenochtitlán, llegó a cundir la decepción a todos los niveles, tanto entre los conquistadores como entre los misioneros. Allí en el Nuevo Occidente –y no en México– era donde se habrían de encontrar los hombres “viriles” con cuya conversión soñaba fray Martín de Valencia. A las islas del poniente se esforzó en enviar sus armadas Hernán Cortés, que cifró las últimas ilusiones de su vida en arrancarle los secretos al mar del Sur; y a ellas siguieron despachando sus carabelas D. Antonio de Mendoza y D. Luis de Velasco desde Acapulco, el licenciado Castro y D. García Hurtado de Mendoza desde el Callao.

No era para menos, pues en algún lugar del Pacífico había de encontrarse la isla de Salomón, la misma isla que Colón había creído descubrir en aguas del Caribe; y todavía en el siglo XVII se esperaba con devota confianza que su oro podría hacer cambiar *in extremis* la historia del mundo, inclinando la balanza a favor de los españoles y en contra de los “herejes”, que no por ser “herejes” hacían oídos sordos a los mismos cantos de sirenas. Era lógico, pues la isla de Salomón era al mismo tiempo la isla de los Reyes Magos, preñada de significación en el devenir histórico; mas el paradero de esa isla, la “Perdida” medieval, estaba sumido en la más absoluta incertidumbre, pues o bien viajaba errante por el mar o bien una espesa niebla la escondía de los

ojos de los marinos, que únicamente podían ser guiados hasta ella por la voluntad de Dios. Cerca de la isla de Salomón se presentía de nuevo la proximidad del Paraíso Terrenal. No es un azar que las utopías europeas, desde Moro a Bacon, se cobijaran en un suelo insular; y en la raza polinesia volvió a encarnarse el mito del buen salvaje.

Con el pronto asentamiento español en Manila culminó ese largo proceso de descubrimiento del Occidente que había comenzado muchos siglos antes en el Mediterráneo. Los reinos ibéricos, partiendo en rumbos opuestos, habían logrado ceñir el orbe y adueñarse de las rutas comerciales de los Océanos: durante casi dos siglos el Pacífico se convirtió en un mar español. Mas aunque todavía hubo delirios imperialistas que propusieron la conquista de China, la expansión al poniente se detuvo en las islas Filipinas. Y ahí quedó: la población de Australia pertenece más bien a la historia del movimiento opuesto, el descubrimiento del Oriente, aunque al fin y a la postre Oriente y Occidente sean conceptos relativos que acaban por confundirse. Pero esa relativización comenzó a acelerarse a ritmo vertiginoso cabalmente en 1492. Y lo que sorprende y no poco es la tardía reacción ante el reto americano de los reinos europeos, con la esforzada excepción de Portugal, empeñado en una expansión bifronte; los demás se limitaron durante mucho tiempo a explotar —eso sí, lo más que pudieron y lo mejor que supieron— a los explotadores, aceptando sin reparos sus quimeras y aun rivalizando con ellos en punto a fantasía: el caso de Walter Raleigh no puede ser más ejemplar al respecto. Y aun pasaron dos siglos hasta que América, con la Ilustración lograra desembarazarse del lastre mítico heredado del pasado; pero al lanzar ese lastre no pudo evitar que sufriera asimismo grave quebranto el legado de la Roma cristiana, que en parte perdió para siempre su sentido y su ejemplaridad.

Hora es de recapitular. El imperio, siguiendo el curso previsto del sol, se ha trasladado a poniente, a los Estados Unidos de América. Por primera vez en la historia reciente la hegemonía del mundo se ha alejado de Europa. Pero no es ésta la única ni la más llamativa novedad. El nuevo Oeste —el Pacífico— no tiene ya misterios por descubrir, tal y como los tenía el Atlántico hace 500 años. Tampoco las otras partes de la superficie terrestre guardan ya secretos espectaculares. Los puntos cardinales han perdido su arcano, aunque no deja de ser curioso que en esta desorientación general en que siempre se halla la humanidad desvalida persistan todavía los viejos símbolos: la milenaria conquista del Oeste por el Este ha desembocado —notable ironía— en el confrontamiento del Norte con el Sur. Reanudando el hilo: es un hecho com-

probado y comprobable que, por primera vez en nuestra historia, han volado de la faz del globo los venerables ensueños que se han convertido ya en mitos geográficos. El avión nos traslada en un santiamén a lugares muy remotos, sí, pero donde ya es imposible que se acerquen a darnos un susto de muerte cinocéfalos, ciclopes o amazonas. Esta fauna amable o terrorífica está reservada en exclusiva a poblar otro confín del universo, el lejano titilar de las estrellas: los pigmeos, esciápodes y demás monstruos se han encarnado en los alienígenas, seres risueños o tremebundos a gusto del fabulador de turno; y con ellos van anejos las demás quimeras. Así es como, por desgracia, el Paraíso ha dejado de ser Terrenal para instalarse también en el espacio o en la utopía; ni que decir tiene que de las minas de Salomón, que todavía encandilaban a Livingstone, ya nadie se acuerda. La conquista del mar ha dejado paso definitivamente a la conquista del espacio, traspasándole su mitología.

Si, paradójicamente, el triunfo de Occidente ha supuesto la pérdida del Occidente, de ahí deriva otra novedad capital: la cristiandad en general y la Iglesia católica en particular ya no puede identificarse con ese Occidente que se ha evaporado; y así sucede también en la realidad, pues la mayoría de sus fieles no proviene de Europa. La religión ya no es estímulo para ninguna conquista: el actual imperio tampoco se considera a sí mismo como una continuación del romano, como lo era en su propia estima el de Carlos V, y sus dirigentes se abstienen de buscar la clave del presente en las páginas de un libro sagrado: el presidente estadounidense no se tiene por el brazo armado de Dios sobre la tierra o, si así lo cree, se cuida muy mucho de alardear de ello. La escatología ha dejado de ser uno de los sostenes fundamentales del imperio. Finalmente, también por primera vez –y gracias al fabuloso progreso de los medios de comunicación– es dado conocer a los demás pueblos del mundo tal y como son. No quiere ello decir ni mucho menos que hayan caído todas las barreras; pero al menos ya no se puede ver indios donde no los hay. Este es el momento adecuado, pues, para que el hombre proyecte y realice viajes espaciales, como está mandado, para satisfacer su ambición y abrir nuevos caminos en el firmamento, donde lo esperan viejas quimeras; pero sobre todo es tiempo oportunísimo de que el hombre se vuelva a sus congéneres, trate de comprender a sus semejantes y, en todo caso, atienda a sus necesidades perentorias aquí en la tierra, libre de angustiosas ataduras, con menos dogmatismo y, sobre todo, con más generosidad. Pero los ensueños han sido en el pasado una especie de propedéutica que servía para encauzar el esfuerzo humano hacia un fin, noble o bastardo; ¿se sabrá ahora vivir en la tierra sin ellos? Esa es la cuestión.